



Virtualia

Revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana

Septiembre - Diciembre 2004 • Año III • Número 12

#11 / #12

Septiembre / Diciembre
2004

SUMARIO

DOSSIER VIOLENCIA

La víctima, su vez, su voz

Por Celio García

Sobre la “violencia urbana”

Por Juan Carlos Indart

Del uso de la violencia

Por Samuel Basz

Desangustiar no desculpabilizar

Por Ronald Portillo

La irrupción del espanto

Por Jorge Chamorro

Al asesinato en una escuela

Por Silvia Elena Tendlarz

Nuestro Elephant en la tragedia de Patagones

Por Mario Goldenberg

Violencia sui minori

Por Vilma Coccoz

Cathy Lebowitz entrevista a Josefina Ayerza

Por Cathy Lebowitz

El arrebató de furia o reflexiones sobre la violencia a partir de la película: “un día de furia”

Por Mirta Goldstein

¿Por qué la violencia?

Por Ana Ruth Najles

La violencia en el mundo de la alegoría

Por María Inés Negri

La producción de violencia en el discurso capitalista

Por María Elisa Banzato

Al asesinato en una escuela

Por Silvia Elena Tendlarz

“¿Qué decir de un acto asesino como el de Junior, que carece de motivación aparente, sin delirio, ni reivindicación? ¿Qué estatuto darle a este homicidio?” La teoría del mal en Lacan, y la “estructura de la maldad” según C. Bollas, constituyen una guía para pensar los pasajes al acto homicidas.

Un alumno de 15 años, hasta entonces retraído, tímido, que se mantenía a distancia de los otros jóvenes, entra lúcido en su aula y dispara con un arma robada de su casa contra sus compañeros. Cinco de ellos caen heridos, otros tres mueren. Cuando intenta utilizar el segundo cargador, se trava, y Dante, su mejor amigo, también un “Dark” como se autodenominan, se abalanza sobre él preguntándole qué hizo. Junior, en silencio, se sienta en el pórtico a la espera que vengan a buscarlo.

Interrogado más tarde por la policía, sólo logra decir “No me di cuenta, se me nubló la vista” y se sorprende al enterarse de la muerte de sus compañeros.

Esto no ocurrió en la metrópolis sino en una pequeña ciudad de la provincia de Buenos Aires, Argentina, llamada Carmen de Patagones.

¿Qué decir de un acto asesino como el de Junior que carece de una motivación aparente, sin delirio ni reivindicación? ¿Qué estatuto darle a este homicidio?

La prensa internacional rápidamente se hizo eco de este episodio que evoca al ocurrido en *Elephant* o en *Columbine*, ambos plasmados en películas, todos ellos incluidos en la rúbrica de “violencia escolar”. El film sobre *Columbine* enfatiza el efecto de las armas al alcance de los jóvenes y la incidencia de los medios de comunicación. La película *Elephant* se interesa más bien por dar vida a las personas involucradas, tanto a las víctimas como a los protagonistas del crimen. De esta manera, una multiplicidad de subjetividades se entrecruzan recordando que no se trata sólo de cifras de muertos o de la fascinación por el crimen, sino de seres humanos cuya vida se interrumpe por un acto aterrador.

A través de una multiplicidad de interpretaciones se intentó aprehender lo sucedido con Junior. Carlos García, en una clase del ICBA, evocó algunas de ellas: se planteó que se trata de una paranoia no diagnosticada que transcurrió en forma larvada; otros vieron en este joven una melancolía por frases escritas en su pupitre en las que elogia el suicidio por el sin-sentido de la vida; las bromas de los compañeros y la falta de recepción por parte de los maestros de las quejas de los alumnos también fueron evocadas; y, finalmente, la incidencia de los medios de comunicación y el alcance de las armas por parte de los niños completa la serie.

En todo caso, la angustia no lo afectó a Junior sino que quedó del lado del Otro: alumnos y padres en duelo, psicólogos y periodistas esforzándose por entender lo ocurrido, y la opinión pública nuevamente conmocionada por el acontecimiento imprevisto de muertes injustificadas.

Vemos en este caso, como en otros, un pasaje al acto vaciado de significación. Después de su acto el sujeto nada puede decir acerca de lo ocurrido, más bien queda perplejo ante a lo acontecido, abriéndose así el interrogante sobre si acaso se trata de un delirio en acto que se cierra sobre sí mismo una vez llevado a cabo.

El pasaje al acto homicida se encuentra tanto en la neurosis, en la psicosis como en la perversión, y en cada cuadro clínico su estatuto se modifica.

Lacan se interesó tempranamente por el crimen psicótico y centró el examen de su tesis en psiquiatría en el pasaje al acto de Aimée –su intento de matar a una actriz conocida de la época- y lo que denomina la “paranoia de autopenalización”. Su punto central de interés es no privar al enfermo criminal de la posibilidad de subjetivar su crimen para que no pierda lo que en los años 50 denomina su “humanidad”. Vale decir, permitir al paciente la subjetivación de su acto al reintegrarlo dentro de una trama discursiva, para que no quede por fuera, ajeno, alienado, de lo acontecido.

La psiquiatría de su época se ocupó de distinguir los criminales pasionales, los que padecen un delirio de reivindicación (paranoia), y finalmente los llevados a cabo en la esquizofrenia que carecen de un delirio y que aparentemente resultan inmotivados.

En este último caso el acto violento parece intentar matar a la enfermedad: el enfermo experimenta un *kakon* (palabra griega que significa “mal”) insoportable del que se desembaraza a través de su pasaje al acto liberador y que, en definitiva, nombra su esfuerzo por producir una extracción de goce.

Existe en Lacan una teoría del mal no desarrollada que consta de tres momentos.

El primer tiempo corresponde a un mal interior representado por el *kakon*. En distintos lugares Lacan retoma este objeto particular. En “La agresividad en psicoanálisis” se refiere al *kakon* que produce las reacciones agresivas en la psicosis. Por otra parte, al comentar la primordialidad de la posición depresiva en Melanie Klein subraya que la subjetivación del *kakon* corresponde a la constitución del superyó. En “Acerca de la causalidad psíquica” retoma este concepto a la manera de sus tesis: el enfermo golpea en el otro el *kakon* de su propio ser. En definitiva, este objeto es más que el objeto *a*, plus de goce, objeto éxtimo al decir de J.-A. Miller, que el psicótico se libera a través de su pasaje al acto.

Ahora bien, el uso por parte de Lacan de este término sitúa a un enemigo interior en el ámbito especular que afecta a otro, a la víctima. En el terreno imaginario, el sujeto, por acción de tendencias autopunitivas en el caso Aimée, se agrede a sí mismo a través de la persona a la que dirige su acto agresivo y homicida. Pero dentro de este ámbito imaginario se trata de producir la extracción de un mal real. El mal es un objeto real, el *kakon*, que se presentifica en la relación imaginaria con el otro.

La segunda teoría del mal por parte de Lacan es presentada en el *Seminario 7*. En este *Seminario* Lacan presenta un goce masivo al que se accede a través de una trasgresión. El *das Ding*, la Cosa, objeto primordial es velado por la acción del ideal. A partir del examen por parte de Freud del amor al prójimo, Lacan concluye que el goce es un mal puesto que entraña el mal del otro y, en definitiva, el llamado del precepto bíblico de amar al prójimo hace oídos sordos a la tendencia del hombre a la maldad, a la agresión, a la destrucción y a la crueldad. Esta teoría del mal no tiene el recurso de lo imaginario para acceder a lo real sino que el real queda ya incluido en el *das Ding*. En la medida en que el goce como mal se enlaza al semejante nos encontramos con la “maldad”.

Esta perspectiva se aclara en la tercera escansión que se puede llevar a cabo en relación al mal. En el *Seminario 17* el objeto *a* se vuelve el plus de goce y resignifican así los dos tiempos anteriores. La pérdida de goce que se produce por la acción de lo simbólico conlleva una recuperación de goce a través del objeto plus de goce. Al mismo tiempo, la inclusión del sujeto en un discurso determina un lazo social en el que se aloja el objeto plus de goce en su relación al otro. Si el objeto plus de goce, autoerótico, encarna el goce como mal, sólo a través del lazo social, en su acción sobre el otro, toma la forma de la maldad o de la crueldad.

El concepto de maldad fue examinado recientemente por el psicoanalista inglés Christopher Bollas en su conferencia “La estructura de la maldad”. Plantea distintos pasos en la constitución de la maldad.

En un primer momento se presenta la bondad como sugestión, como seducción. A continuación se crea un espacio potencial falso que permite que se le ofrezca a la víctima algo que carece. Esto produce una dependencia maligna puesto que el sujeto espera recibir verdaderamente aquello que le fuera ofrecido. Pero inevitablemente emerge la “escandalosa traición” que hace que la víctima se de cuenta de que el seductor no es como aparentaba ser. De allí se desprende la “muerte psíquica” de la víctima por la experiencia de la muerte del asesinato de su propio ser. Vivencia que antecede al homicidio. Se trata de obtener la división subjetiva, hacerle experimentar el dolor de existir y hacer emerger así la angustia. Esta secuencia concluye con el “dolor interminable” que hace que eventualmente la víctima o sus familiares nunca logren sobreponerse al fatal desenlace.

La falta de pasión del lado del asesino es lo que produce el horror del lado de la víctima, que queda ante el shock de lo que parece increíble. A su entender, la estructura de la maldad se basa en una violación de la fe del niño en la bondad de sus padres. El *self* de este niño fue asesinado siendo muy pequeño por una experiencia de abandono por parte de los padres o por un maltrato extremo. Hace experimentar entonces a sus víctimas la muerte del *self* que experimentó en su infancia, identificándose finalmente con el *self* asesinado de sus víctimas.

Esta perspectiva identificatoria se diferencia de una aprehensión del problema del lado del goce puesto que involucra un elemento real. Los pasos que involucra en su descripción de la estructura de la maldad más bien dan cuenta de la estructura de la maldad, en donde tiene cabida el “acto malvado”: voluntad de goce con la que se intenta producir la división subjetiva y su consecuente angustia. Del lado del neurótico podemos contar con fantasmas perversos o con la existencia de un pasaje al acto homicida pasional, pero la angustia, en definitiva, queda del lado del sujeto.

El sinvergüenza que ejecuta el acto malvado logra, paradójicamente, producir la vergüenza del lado de la víctima puesto que la asume subjetivamente ante la ausencia de vergüenza de su verdugo.

A partir de estos desarrollos podemos preguntarnos con Lacan sobre cuál es el “enemigo interior”, el *kakon*, que Junior eliminó a través de su acto homicida y qué destino tendrá sobre él la subjetivación de su crimen.

Las interpretaciones sociales o exportadas del saber comunitario no alcanzan para medir la magnitud de un crimen ni las consecuencias sobre el sujeto. El silencio de Junior nos interpela y nos deja a la espera de una respuesta imposible.